

intensidad en la primera mitad del siglo, gracias a la influencia de los ostrogodos y en alguna que otra ciudad se conservó floreciente la vida ciudadana con sus escuelas estatales, lo cierto es que las escuelas retóricas del Bajo Imperio habían ido desapareciendo tras la invasión de los bárbaros.

El vacío que creó la desaparición de las escuelas públicas estatales lo fue llenando paulatinamente la Iglesia. En un primer momento el relevo lo tomaron los monasterios. Siguieron después las escuelas episcopales, creadas para la formación de los clérigos. Será durante la primera mitad del siglo VII cuando estos centros de formación alcanzarán todo su desarrollo. Y destacará, en primer lugar, la escuela de Sevilla. Ello no debe extrañar en absoluto, pues no hay que olvidar que una escuela episcopal, en aquellos momentos de la historia, no era más que un grupo de alumnos que se ejercitaban en el cultivo de las ciencias sagradas bajo la dirección de una persona destacada en sabiduría y virtud. Y ambas cualidades poseía en grado eminente san Isidoro de Sevilla. Fue este prestigio del maestro hispalense, sin duda, lo que llevó al joven zaragozano Braulio hasta la ciudad del Betis.

Tras la muerte de Isidoro se advierte un sensible desplazamiento de los centros culturales hacia el norte de la Península. Resulta un tanto sorprendente, pero el «renacimiento isidoriano» ya no tendrá su centro en Sevilla. Los discípulos de Isidoro serán los receptores del fruto producido por la siembra del maestro sevillano. Y entre estos discípulos destaca, en lugar privilegiado, el zaragozano Braulio, devoto admirador y constante animador del arzobispo hispalense.

Zaragoza se convertirá, bajo el liderazgo de Braulio, en el nuevo foco intelectual de la España visigoda del siglo VII. La Escuela de Zaragoza marcará la pauta y dará el tono del pensamiento religioso español durante las tres décadas que suceden a la desaparición de Isidoro. La ciudad de los Innumerables Mártires, después de Sevilla a quien sucede y antes que Toledo que la reemplazará, se afirma como uno de los centros por los que pasa el meridiano de la cultura española.

Poseemos datos suficientes para saber que la Escuela episcopal de Zaragoza estaba ubicada en el monasterio de Santa Engracia, construido bajo el pontificado del obispo Máximo (592-619), aneja a la Basílica de Santa Engracia o de los XVIII Mártires. En este monasterio-escuela fue abad el hermano de Braulio, Juan, que llegará a ser obispo de Zaragoza, con lo que este centro monacal de cultura se convertirá, bajo su pontificado, en una escuela monástico-episcopal.

Fue en esta escuela donde trabajó Braulio, junto a su hermano obispo, a su regreso de Sevilla. Allí tuvo discípulos tan preclaros como Eugenio, que llegaría a ser metropolitano de Toledo y Tajón, que le sucedería en la sede episcopal de Zaragoza. También sabemos que allí estudió Fronimiano, que luego sería abad del monasterio de San Emiliano, en la Rioja¹².

¹² Cfr. VOLLMER, en MGH, Auct. Ant. XIV, 287-290.

En cuanto al funcionamiento de esta Escuela sabemos, por la documentación que poseemos, que allí se cultivaba el estudio, no sólo de las ciencias teológicas, sino también de la literatura clásica. En el programa de las ciencias teológicas ocupaba un lugar de relevancia la lectura y el comentario de la Sagrada Escritura. Fruto de este estudio es la notable erudición bíblica que muestran, tanto los escritos de Braulio como los de su antecesor Juan y su sucesor Tajón.

También se cultivó con esmero en esta escuela el arte de la expresión y la música. De Juan sabemos que escribía «con estilo elegante», tanto en la composición como en el tono. De Braulio nos consta que fue un consumado estilista y un «excelente compositor de textos y melodías litúrgicas». De Eugenio de Toledo sabemos que fue «poeta, músico y liturgo».

A Braulio le debe Zaragoza el que pueda hablarse en la posteridad de una auténtica Escuela en esta ciudad. Y así es, en efecto. El traslado del epicentro cultural de la Península desde Sevilla, debido en buena parte a la postración en que va entrando el sur de España y el auge que cobra la parte centro-norte del reino, hace que la escuela de Zaragoza, con un obispo de renombre nacional a su cabeza, cobre inusitado prestigio.

El hecho mismo de que el obispo cesaraugustano Braulio fuese la figura indiscutible del Concilio VI de Toledo indica claramente que el centro cultural de España radicaba en aquellos momentos en la sede zaragozana. Son los tiempos gloriosos de la Escuela de Zaragoza, que se extenderán a lo largo de tres décadas, en el período central del siglo VII. Este prestigio que la Escuela de Zaragoza alcanzó en tiempos de Braulio aún se mantendría de algún modo con su sucesor, el intelectual Tajón, uno de los prohombres de la cultura visigoda y digno sucesor de Braulio en el amor a ésta y en su esfuerzo por difundirla.

No es casualidad que, así como a la muerte de Isidoro le sucedió en la animación del mundo cultural su discípulo predilecto Braulio, a la desaparición de éste le releven en este quehacer sus dos discípulos más preclaros de la escuela de Zaragoza: Eugenio y Tajón, los dos grandes obispos del Concilio VIII de Toledo. Ellos fueron, en efecto, los dos obispos más cultos de su tiempo. Y de su sabiduría y cultura se beneficiaron sus respectivas sedes: Toledo y Zaragoza.

Concluyamos, pues, estas notas afirmando que los grandes obispos cesaraugustanos del siglo VII y la dinámica Escuela episcopal del monasterio de Santa Engracia llevaron tan alto el nombre de Zaragoza que éste ha quedado grabado en letras de oro, junto a los de Sevilla y Toledo, en el frontispicio de ese templo majestuoso de la cultura religiosa que es el siglo VII español.

En la torre del trovador

Rev. Aragon. Teol. 6 (1997)

Antonio Mas Arrondo

La torre del trovador en el palacio de la Aljafería de Zaragoza guarda el secreto de aquellos que en su día esperaban el momento aciago de ver ejecutada su pena de muerte. Sus fríos muros conservan los grafitis de esos desgraciados, como testigos mudos de unas vidas truncadas. En estos últimos años hemos tenido la oportunidad de conocer a los nuevos condenados a muerte y actuales habitantes de la torre del trovador: los enfermos terminales de Sida.

Muchos se han jugado la vida por atenderlos, particularmente el personal sanitario y las religiosas que han procurado y conseguido para ellos una muerte digna. Les hablaré de mis vivencias personales, como testigo de estos acontecimientos en mi condición de voluntario, desde la situación de los enfermos de sida que provienen del mundo de la marginación. Interpretaré las experiencias personales desde las claves de lectura que considero esenciales¹.

1. Jesús, el asesino

Llama una religiosa jubilada que en lugar de hacer calceta atiende como buena madre a los enfermos terminales. Un preso de la cárcel de Daroca quiere hablar con un sacerdote. Debo pedir permiso en el hospital al policía que lo custodia en la puerta de su habitación. Lo concede advirtiéndome de su peligrosidad. Entro con la monja. Al ver que no estaba esposado dejó la puerta entreabierta, pero el policía la cierra de inmediato. De 25 años aproximadamente, Jesús me recibe gritando: «Padre, soy un asesino; padre, soy un asesino». Está tendido en la cama, muy hinchado, tiene puestas sobre el vientre dos bayetas de fregar empapadas en agua fría. Me abalanzo sobre él y le abrazo dándole un fuerte beso en la frente: «y yo un cura pecador, le respondo». Me siento junto a él, la monja sigue de pie en el rincón del cuarto. «Padre soy un asesino», vuelve a repetir angustiado. ¿Cómo te llamas? Jesús, respondió. Y yo Antonio. ¿Cuánto crees que te queda de vida? «Unos quince días». ¿Quieres morirte de pie, con dignidad, como un hombre? «Sí». ¿Quieres morir como un cristiano? «No sé si creo en Dios, padre, mi madre dice que sí cree, puede que yo también lo crea».

«Mira Jesús, si quieres vamos a ser muy amigos; te voy a ser muy sincero porque no tenemos mucho tiempo. Has sido un cabronazo porque no se puede ir por la vida matando» (omitiré a partir de ahora los adjetivos de inculturación). «¿D. Antonio,

¹ Estas páginas fueron escritas para ser leídas, a finales de junio de 1997. Los hechos son reales, los nombres ficticios.

me marchó?» —dice la monja—. Vd. ahí quieta —le contesto—. Jesús, eres alguien más importante que un asesino, eres un hijo de Dios. Has llevado toda tu vida algo de Dios dentro y no te has dado cuenta.

Núcleo y periferia

Ocurre que el ser humano tiene un *núcleo vital*, un centro donde sucede lo esencial; allí convive el misterio de la vida, lo íntimo de la persona, la vida y el amor, las experiencias positivas y negativas. Lo mejor del ser humano habita ese centro misterioso y desconocido incluso para nosotros mismos. Los cristianos tenemos la creencia de que se trata de un fondo habitado por la presencia misteriosa de Dios que nos creó a imagen y semejanza en su hijo Jesucristo. Pero ese yo profundo lo hemos rodeado desde siempre con una empalizada para protegerlo del exterior, porque debemos sentirlo amenazado. La empalizada está formada por los miedos que hemos ido acumulando a lo largo de los años. Normalmente, preferimos vivir en la periferia, en los arrabales del santuario. Por guardar las apariencias, por influjos de la sociedad o del pecado original, por educación, nos quedamos a vivir en la periferia del núcleo, donde mucho es apariencia, compulsión y máscara.

Durante los últimos diez años, los enfermos de Sida sabían desde el mismo día que se les comunicaba que estaban infectados, que su vida tendría una duración máxima de cinco años. Cuando la persona recibe la triste noticia, se produce un proceso, con etapas bien diferenciadas, que han sido muy bien estudiadas; podríamos resumirlas en dos palabras: del rechazo inicial tras la noticia, a la aceptación final. Muchos —sean o no creyentes—, llegan a la aceptación, algo distinto y más profundo que la resignación; otros lo intentan y no lo consiguen; estos últimos serán los menos. Lo importante para el caso que nos ocupa está en comprobar que, en el proceso, la persona se repliega dentro de sí, hacia ese misterioso fondo, que siempre estuvo, pero en el que casi nunca habitó².

En ese instante, a ser posible, precisa un acompañante, alguien en quien pueda confiar. En situaciones como éstas, rápidamente se atraviesan las capas más superficiales del ser. Quien está dispuesto a acompañar, ha de sentarse junto a la empalizada, por si le dan permiso para entrar en el santuario, y esperar. Ha de hacerlo desnudo, sin prejuicios de ningún tipo, eliminada toda capacidad de juicio condenatorio a la persona, a ser posible, conociendo algo su propio centro, y esperar, porque tarde o temprano nos darán el permiso de entrada.

Culpa y perdón

Una vez dentro, lo esencial consiste en establecer un diálogo desde el centro, porque en la comunicación profunda fluye todo lo demás (El tiempo me enseñó que, en algunos casos, era mejor acudir con la digestión hecha). Ciertamente lo esencial de

² Núcleo vital, empalizada y periferia, nueva terminología para definir lo eterno, me fue comunicada por el profesor y psicólogo Antonio Romea, gran conocedor de la mística del primer milenio.

la persona resulta misterioso para el sujeto y su amigo que le acompaña. Tras el misterio, que hay que contemplar con silencio y admiración, surge la imperiosa necesidad de *reconciliación*. Sentirse en paz consigo mismo y perdonado por la familia se convierte en la mayor urgencia, el acicate para luchar contra la enfermedad. En muchas ocasiones, el daño infringido a la sociedad aparece como irreparable. Pensando con razón, que al menos con la familia, aún están a tiempo, luchan desesperadamente por conseguirlo. Varios viajes por España —la marginación no tiene patria—, acreditan esta tarea, cumpliendo con la obligación de dejar que se encontraran y reconciliaran con sus familias, en particular con sus madres. Si por diversas circunstancias, no lo hemos conseguido, la soledad de la muerte tiene un plus de atrocidad.

Naturalmente detrás de la reconciliación se encuentra la *culpa* que puede llegar a ser terrible. Siente la persona la necesidad de estar bien, de perdonarse y ser perdonado. La conciencia existe más allá de la educación recibida y como juez severo pide cuentas. A nadie encontré que en sus últimos momentos no sintiera la llamada de la conciencia recriminando sus antiguas acciones, sobre todo, si habían atentando contra la vida humana en cualquiera de sus formas, en particular la de los niños. Lo que relato a continuación ilustra un grado extremo de culpa:

Entró en la casa de acogida una joven mujer, madre de tres niños, con tal grado de culpa que ella misma se quemaba por todo el cuerpo con cigarrillos encendidos. Tras un largo proceso de pacificación interior en el que todos (enfermos y religiosas) llegamos a intervenir, accedió a la paz. Nunca olvidaré la escena. Frente a una imagen de la Virgen María, recitamos un Avemaría «a capella» para dos voces, ya que ella no conocía la oración. Con las manos juntas en actitud orante y los ojos entreabiertos mirando la imagen, repetía con fervor cada una de las frases que yo iba desgranando: «Dios te salve, María». Ella repetía: «Dios te salve, María». «Llena eres de gracia», «llena eres de gracia», «el Señor está contigo», «el Señor está contigo» Había accedido a la paz.

Prosigamos con la historia de Jesús. Le pregunté a Jesús el asesino: «¿Te sientes muy culpable?» Sí. Debes perdonarte para poder enfrentar bien la enfermedad y la muerte. Dios te puede perdonar si lo deseas. «Es imposible que Dios me perdone», contestó. La monja santa permanecía silenciosa en el rincón del cuarto. Barruntando la inminencia de una posible confesión insistía: «¿D. Antonio, me voy?» «Vd. ahí quieta hermana», le respondí. Dios puede perdonarte —seguí diciendo a Jesús—, porque eres hijo suyo y él es todo amor. Mañana volveré y seguiremos hablando.

Al día siguiente, Jesús seguía sufriendo en la cama pero algo muy importante había cambiado en él. Algo de mucho secreto debía haber sucedido en el silencio de su soledad. Invitado a entrar en su santuario compartimos el secreto e invocamos juntos al misterioso Dios de misericordia que lo habitaba sin que hubiera sido consciente hasta entonces. Fueron horas de diálogo intenso que culminaron con la recepción de los sacramentos. Ellos nos abrieron a una nueva perspectiva que podríamos resumir en el siguiente axioma: vivir y morir amando. Esta era la tarea que teníamos por delante, el tiempo que viviera. Fundidos en un fuerte abrazo en medio de las lágrimas de ambos, recibí en herencia las dos únicas cosas que tenía: una cestita de dátiles que le había traído su madre y una pequeña reproducción de la dama de Elche.

A partir de ahora —le dije—, este cuarto será una capilla porque dentro de ti está Dios. Ama a todo el que entre por esta puerta porque todos son personas y cuando estés sólo piensa en Dios. Tu madre y la hermana te enseñarán algunas oraciones. Vive y muere amando como un hombre cristiano que eres. Días después recibía una llamada al amanecer. Era su hermana, que desde su tierra natal me comunicaba su fallecimiento. Había cumplido lo prometido. Así fue y así lo cuento.

Guerra y paz

Vivimos sin enterarnos en medio de una nueva forma de *guerra civil*, llamada molecular. Apagados casi los ecos de la guerra civil tradicional, las nuevas formas de violencia tienen la nada como ideología y la destrucción como meta. Ésta, puede dirigirse hacia el exterior de uno mismo, o bien adoptar la forma de autodestrucción. Un panorama social sin futuro deprime a bastantes jóvenes, ya que es bien sabido que cuando nada hay por construir, destruimos lo que nos rodea. Vivimos en una sociedad con rasgos de depresión colectiva, precisamente por su falta de perspectiva de futuro³.

Nos equivocamos si pensamos que la marginación es algo así como un apéndice ajeno a la sociedad. Por el contrario, los combatientes de la guerra civil molecular, que utilizan la violencia y la droga como formas de existencia, son representantes de las contradicciones, puntas de iceberg de problemáticas sociales irresueltas. Buscadores de nuevos mundos en la agresividad desatada sin ninguna motivación, o encerrándose en las ensoñaciones de nuevas realidades producidas por sustancias duras.

De aquí que cada época tenga su droga predominante: estamos terminando de enterrar a la generación de la heroína, que encontraba el nirvana y la paz en el viaje proporcionado por el caballo. Son hijos de la generación de la utopía social, década de los 60 y 70. A esta le sucedió la generación de la cocaína. Mientras la primera adormecía la conciencia y transportaba a un mundo feliz, sin problemas, la cocaína, al ser estimulante, ha sido la droga de los 80, capaz de incrementar la vitalidad y actividad, incluso empresarial. Hoy en día, aceptado el capitalismo como forma de convivencia, la juventud se adapta a esa situación sin querer ser devorado por ella. De ahí que se droguen sólo los fines de semana esperando encontrar en las nuevas drogas sintéticas, una salida a sus contradicciones. En definitiva, la droga dura no es sino una experiencia mística fallida, que en lugar de buscar en el núcleo vital, opta por permanecer en la superficie, creyendo encontrar en ella la panacea; por algo a esta nueva generación de droga química se le denomina «éxtasis».

Sencillamente diremos que sólo se puede acceder al núcleo vital, si te conviertes en *excombatiente*. La rendición incondicional, es la llave que da acceso a la puerta que conduce al centro del santuario. Dejar de matar (hasta una metralleta hemos recibido en herencia), dejar de drogarse, dejar de beber en definitiva, dejar de buscar en la periferia, por capitulación absoluta. Lo resumía bien por teléfono un amigo, antiguo combatiente de la botella: «Hay que derrotarse —decía—, hasta la derro-

³ Sigo la opinión de Hans Magnus Enzensberger, *Perspectivas de guerra civil*, Barcelona 1994.

ta total y absoluta. Después, empezar desde cero (con las dudas) el combate por la vida. Desde la impotencia total, condenado a muerte, un zombi, un muerto viviente y a partir de ahí, la resurrección, empezar a vivir». Este proceso lo realizó Jesús, el asesino reconciliado, en muy pocos días.

2. Jesús el gitano

La noticia de la muerte de Jesús llegó a la cárcel de Daroca. Poco tiempo después ingresaba en un hospital zaragozano un amigo íntimo suyo. Quería saber cómo había pasado el trance su amigo, sus últimos momentos. Gitano de raza, enfermo terminal de unos treinta años, me recibió en traje de baño en su cuarto-celda. La pequeña gran monja, una vez más, había preparado el terreno a mi llegada. Enterado de cómo había sucedido expresó su deseo de pasar por lo mismo.

Fueron varias horas de conversación intensa, que culminaron en la celebración del sacramento de la reconciliación. Cuando le propuse que recibiera la comunión me contestó que nunca había comulgado. Una pequeña catequesis, corta en el tiempo e intensa en su contenido, pretendió llegar al misterio de la eucaristía desde sus vivencias más profundas. El policía nos dio autorización para que estuviéramos varias personas en el acontecimiento: la religiosa, una enfermera de la planta, la encargada de relaciones públicas del hospital, quien enterada del asunto pidió permiso para participar, y un servidor. El policía no entró, ahora creo que más por respeto al preso, que por él mismo. Aquel día fue fiesta grande para todos, hubo pastas y bebidas sin alcohol en el cuarto del hospital. Jesús sonreía vestido con lo mejor que tenía.

Pasado un tiempo, el 26 de junio del año pasado, escribía desde la cárcel lo siguiente, transcribo literalmente: «le estoy muy muy agradecido por poner sus manos en mí y haber cambiado mi pensamiento y devolverme esa fe que no sabía dónde se encontraba; gracias especialmente por esto, pues verdaderamente estoy asistiendo a un cambio en mi vida. Sé perfectamente que Dios me está acogiendo. Intentaré que nada me desvíe de ese camino, por lo menos dentro de mi corazón y si puede haga el favor de mandar aquí la santa Biblia». Adquirida la libertad interior, aún no goza de la exterior y sigue cumpliendo condena.

Creencia e increencia

Puedo asegurar que la mayoría de enfermos de Sida que han sido acogidos en casas de la Iglesia han muerto *cristianamente*. No sé que hubiera sucedido si sus últimos momentos hubieran tenido lugar en un contexto de increencia. Probablemente el cariño diario de las religiosas ha influido en su decisión final. De modo que, desde la experiencia, no puedo elevar a categoría ontológica, la existencia del hecho religioso. Sí puedo dar la razón, dentro de las coordenadas en que nos hemos movido, al filósofo Pedro Cerezo Galán, cuando afirma en expresión feliz, que el hombre es «un yo abierto, como por una herida, por la pasión de la Trascendencia».

El sentir general acerca de la *religión*, queda perfectamente reflejado en la siguiente e histórica escena: Un día de navidad, comiendo juntos, un antiguo trafican-

te de drogas al por mayor, él mismo drogadicto de heroína (por cierto, milagrosamente superviviente a la enfermedad hasta el día de hoy), se levantó de la mesa y con solemnidad echó el siguiente discurso: Compañeros, esta vida ha sido para nosotros un infierno. Si dicen que después de la muerte hay algo, debemos apuntarnos, porque peor de lo que ha sido ésta, es imposible. Y de no haber nada, no nos enteraremos. Todos asintieron.

Algunos llegaron hasta ahí y no pasaron del misterio en un Dios más o menos conocido, que garantiza un más allá, ahuyentando el miedo y la soledad propios del momento. Otros muchos continuaron el camino, pasando de la muerte a la resurrección en Cristo. Replegados en el núcleo, una vez abandonadas las armas, no es tan difícil morir al yo viejo porque ya están rendidos del todo. El nuevo, nace desde el mundo de sus *esperanzas*. Desde lo vivido, ésta aparece como una puerta abierta que envía a Dios. Si la esperanza forma parte constitutiva de lo humano, será en su pequeño mundo —que una vez más fluye en el diálogo—, en donde se puede vincularla con la esperanza que nos prometió Jesucristo. En principio están las pequeñas esperanzas que toda persona encierra acerca del cariño de los suyos, el perdón de su familia, etc. Más tarde es cuando conscientemente se adhieren a la promesa de resurrección en Cristo para esta vida y la que vendrá. Por tanto, hay que estar muy atentos a sus expectativas, porque allí se inserta, y si es preciso se anuncia, la gran perspectiva que se abre si desean sumarse a la promesa de Cristo y confían en Él.

Ahora bien, la promesa no sólo catapulta al más allá de la muerte. Un minuto de vida que reste es suficiente para que se imponga la necesidad de vivir el instante en la nueva condición: vivir y morir con dignidad equivale a vivir y morir amando. Recuerdo con nostalgia la alegría de Pedro, antiguo especialista en joyerías, enamorado de «doña venita» (drogadicto), al contarnos que por primera vez y de manera consciente había hecho algo gratis a otro, de nombre Juan, a su vez criminal público, parálítico en aquel momento por la toxoplasmosis: le había atado los cordones de las zapatillas. Presenciábamos atónitos el nacimiento del hombre nuevo: uno por atar los cordones, el otro por dejarse.

Les contaré uno de los pocos casos que he conocido, en el que se puede observar el intrincado mundo del alma humana que no accede a unirse explícitamente a la esperanza en Cristo. Avisan con urgencia que han ingresado a «Chocolate» (apodo por el que era conocido uno de los mayores vendedores de hachís en la ciudad). Le quedan muy pocas horas de vida; él lo sabe pero no lo dice. Cogidos de la mano me asegura que saldrá de ésta, que como somos amigos mañana nos iremos de vinos. Sencillamente le sigo en su esperanza repitiendo en voz alta cada uno de sus sueños. Y creo que no le mentía, porque confiaba que mañana, como así fue, se curaría, sería feliz, iríamos de vinos. Describía así su pequeño cielo, el cual espero que Dios le haya concedido.

No todos tienen la capacidad de expresarse y verbalizar lo que sucede por dentro. Una de las personas más pobrecitas que he conocido en este mundo se llamaba Alfonso. Hijo de prostituta y alcohólico, deambuló por orfelinatos y prisiones hasta que, de la cárcel, pasó a una de las casas de acogida de la Iglesia. En su pobreza apenas balbuceaba unas palabras que repetía siempre: «estoy muy triste, estoy muy triste,

quiero ver a mi madre». Cristo hablaba a través suyo desde la cruz con crudeza. Un día, paseando por la calle, hurgaba entre las papeleras buscando algo. Nos fuimos con él a comprar lo que quisiera: un montón de chucherías, gominolas y un reloj aparatoso. También deseaba ir a visitar a su hermana. Al acercarme a la zona comprendí de qué se trataba. Era un tugurio infecto, donde hasta las ratas pedían una caña en la barra. Llegamos, le dio un beso a su hermana y recostó la cabeza en su hombro. Allí permaneció en silencio mucho rato. Mientras, el de la barra me preguntó: «¿y Vd. quién es?» «El cura», le respondí. Se hizo un silencio espeso en el bar, tras el cual, un abuelo del sindicato de la boina me invitó a jugar a la baraja. Preferí tomar una cerveza. Una de las chicas me retrataba con una sonrisa burlona mientras Alfonsito seguía buscando el cariño que nunca tuvo en el hombro de su hermana. A la semana estábamos con él en el cementerio, en entierro de pobre pagado por el ayuntamiento, sin derecho a misa (porque los pobres no tienen derecho a funeral en el tanatorio aunque haya cura). En su defecto, hicimos un responso de primera categoría los cuatro que fuimos. Su padre asistía borracho desde la distancia, quizás por miedo a que su hijo le pegara la enfermedad.

Vivo con la certeza de que en la tristeza vio la luz y la disfruta. Si en la otra orilla vienen a buscarnos, como dicen, y tengo la dicha de acceder a ella, estoy seguro de que será uno de los primeros que abrazaré. Con él nos quedamos sin saber cuál era el mundo de unas esperanzas que ahora ya disfruta. Tenía 25 años.

3. Jesús el policía

En la parroquia apareció un señor, un día después de misa; dijo ser uno de los policías que cuidaban a los presos en el hospital. Se confesó excombatiente de la botella. Pedía que le acompañara en su proceso de desintoxicación del alcohol y perteneciente a «Alcohólicos Anónimos». Más concretamente, debía escuchar las 169 preguntas escritas durante tres años, que repasaban toda su vida en busca de las causas últimas que le habían conducido a la bebida. Se confesó creyente y deseaba recibir la absolución al final de la conversación. Antes de dar ese paso, le propuse que, durante un mes, rezáramos juntos en la eucaristía dominical y tras la misa desayunáramos, para así conocernos y prepararnos. Después, en conversaciones de dos o tres horas culminamos nuestra tarea de las 169 preguntas. Al final hubo fiesta grande. Su mujer, probablemente impresionada por los acontecimientos, también quiso participar de la alegría y se sumó a la fiesta y al sacramento.

Hoy, son varias las personas que participan en la eucaristía dominical con posterior desayuno. Antiguos borrachos de gabardina, (la gabardina oculta la gordura anómala y la botella), que a cinco minutos de ir a vivir debajo del puente, pasaron de la muerte a la resurrección en Jesucristo. Antiguos zombis, muertos vivientes, quienes se vieron sacudidos por la Vida, cuando estaban cerca de la muerte.

Rumor y fe

El cristianismo es la historia de un *rumor* que corría de boca en boca por el imperio romano. Pocos años después de la muerte y resurrección de Jesucristo, el ru-

mor se había extendido por la cuenca del Mediterráneo, sin que apenas los historiadores se hubieran enterado. En tres siglos dismanteló un poderoso imperio. El rumor decía que el asesinado era Dios y vivía. Pero, sobre todo, afirmaba que *volvería* pronto a instaurar un reino de justicia, amor y paz; y que la vinculación a su persona transformaba la vida de quien creía en él, haciéndola pasar de la muerte actual, a una vida como la suya, que sería completada cuando volviera⁴.

La fe de la madre de Jesús el asesino, despierta el interrogante en su hijo al verse en trance de muerte, quien a su vez reaviva la de Jesús el gitano y ambos incitan al policía a hacer el quinto paso en presencia de un sacerdote que selle con un sacramento su conversión y de éste a su mujer; y todos los exborrachos de varias provincias, son recibidos con honores en un monasterio de clausura cercano a Zaragoza; y allí, los antiguos combatientes de la botella llevan el palio en las fiestas y en volandas el féretro de los monjes que mueren. Y así el cristianismo se convierte en una procesión de muertos vivientes renacidos, asesinos, prostitutas, travestis, drogadictos, traficantes de drogas, borrachos; todos antiguos combatientes de la guerra civil molecular y ahora excombatientes de sus respectivos oficios, que llevan en volandas la vida de Jesucristo y la muerte de los monjes. Todos han viajado al núcleo vital y allí han pasado de la muerte a la resurrección en Cristo, cada uno según el Espíritu le ha dado a entender. Sé que el cristianismo morirá cuando cese el rumor, pero el rumor no cesará mientras uno solo pase de la muerte a la vida en Cristo. La fe languidece si permanece en la periferia del núcleo. En la torre del trovador hay mucha muerte y mucha vida.

Futuro y esperanza

Siempre me he preguntado por qué los enfermos de sida, sabiendo cercana su muerte, cambiaban tanto, pasando de alicates a angelicos en poco tiempo, y yo, que también sé que he de morir, aunque no sepa los cortes de pelo que me quedan, ni cambio, ni me convierto. Veamos si rastreando someramente en la historia encontramos alguna pista.

Los cristianos de la primera hora no se sentían tanto acuciados por la inminencia de la muerte, como por la cercanía del final de los tiempos. Vivían una fuerte esperanza en el regreso de Cristo y la llegada de la Parusía. Vivida esta espera en la esperanza, mantenían viva la llama de la fe, lo cual, a pesar de las desviaciones de los de Tesalónica, no les impidió intentar construir la nueva sociedad anunciada, fundada en la libertad y la fraternidad. Más tarde, al disiparse la tensa espera, la posibilidad real del martirio en los primeros siglos, suplía suficientemente la espera de la Parusía. Posteriormente las pestes medievales asolaron Europa introduciendo un ambiente de pesimismo generalizado, reflejado perfectamente en la «Divina Comedia» y la escena del juicio final de la Capilla Sixtina. Tanta amenaza de infierno y tanto juicio final en llamas no hacían aconsejable el retorno definitivo del Señor y mucho menos solicitarlo. De ahí que el renacimiento y nuestro maravilloso movimiento mis-

⁴ Opinión que desarrolla el jesuita Joseph Moingt, *El hombre que venía de Dios*, Bilbao 1995, (2 vols.).

tico del siglo XVI se recluyera en la Pasión del Señor. También ésta, a pesar de sus desviaciones, cumplía su papel esencial para la difusión del cristianismo. Quiero decir que la fe, necesita de un sustrato antropológico sin el cual pierde vigor: la conciencia de la finitud de la vida. En esa precariedad de la existencia, su finitud consustancial, hallamos el secreto del viaje al centro o núcleo vital.

Los enfermos terminales de Sida han vuelto a sacar a la luz la necesidad imperiosa que tiene el cristianismo de reorganizar una teología de la Parusía, de despertar una esperanza religiosa y social que aparece muerta tras el fallecimiento de las ideologías. Si ese sustrato antropológico falla, la fe ya no tiene proyectos ni esperanzas de futuro, se encierra en la periferia del núcleo y fácilmente es asimilada por la cultura ambiental, convirtiéndola en un producto más de consumo, al sestear en los arrabales del castillo. No es la muerte en sí misma, sino la conciencia de la finitud y lo efímero de la existencia, que naturalmente apunta hacia un horizonte de muerte o vida, lo que incita a un despertar repentino y rápido. Si la conciencia de la finitud acucia, ya no valen las medias tintas, se es, o no se es. Y en esa decisión suprema, ayudados por la gracia, es cuando se produce el viaje hacia el interior de uno mismo y la reorganización del núcleo vital desde Jesucristo, en el caso de que se sea creyente.

En consecuencia, nos enfrentamos a un dilema insoslayable: la conciencia del tiempo como medida de la existencia. Al vivir con una conciencia del tiempo dilatada y no urgirnos el regreso de Cristo como en los primeros tiempos, ni la posibilidad del martirio como sucedió enseguida, ni la muerte de Cristo en la cruz como gran acicate en el siglo XVI, el tiempo se diluye cayendo fácilmente en el eterno retorno. De ahí que la idea de la reencarnación haya sido asumida por muchos de los que asisten a la misa dominical y las sectas hagan estragos entre los que buscan esperanzas futuras. Además, la conciencia de la finitud y el estrechamiento del arco del tiempo, tiene otra consecuencia de vital importancia: relativiza, o mejor dicho, pone en su lugar toda la periferia de la existencia. Cuando el tiempo es corto, las cosas adquieren su valor real y se percibe mucho mejor lo esencial. La conciencia de la brevedad deja las cosas del mundo en su sitio relativizándolas y favoreciendo el repliegue hacia el centro.

4. María Cruz, la prostituta

Pocos días después de la muerte de mi padre, en enero de 1996, una excombatiente de la droga y la prostitución, viéndome triste me invitó a ir al cine. Eligió que acudiéramos a ver «Seven», no tanto por el argumento, que desconocía, sino por la belleza del protagonista. Pidió excusas por el atuendo de guerrera de plaza que llevaba: botas altas, mallas amarillas ajustadísimas y un leve chaleco de punto bastante calado, color rosa. Pintada hasta las orejas, caminábamos despacio por la calle, a ratos del brazo, ya que el cáncer genital, frecuente entre ellas, le impedía caminar con normalidad. En aquella película de extremada violencia, un enfermo mental mataba en función de los pecados capitales. Llegados a la lujuria, asesina a una prostituta drogadicta. En aquel instante, ella bajó la cabeza en silencio.

A la salida, comenté que esas cosas sólo pasaban en América. «Si me invita a un café —dijo—, le contaré cómo eso mismo pasa aquí, porque yo he vivido muchas

de las cosas que salían en la película». Ya en el café se interesó por mi estado de ánimo. Le conté la angustia y la soledad por la pérdida de mi padre, e incluso le hablé de mi fe en Dios y de mis dudas. Aquellas confidencias parece que despertaron su ser más profundo. Me habló de Dios y de la esperanza en unos términos que me emocionaron. Después abrió su intimidad hasta el final y preparó su muerte ante mí. Al llevarla de nuevo a casa quedé con una sensación de agradecimiento y de haber vivido un instante de amor sin piel, profundo. Más tarde supe que aquella noche, no se había querido desnudar al acostarse, ni quitarse la pintura de la cara. Posiblemente deseaba saborear cada momento de aquella conversación decisiva en su vida.

Cuando le llegó la hora, aguantó la vida en el hospital como pudo, a base de morfina, hasta la llegada de sus padres que vivían fuera. Se reconcilió con ellos y en su presencia recibió los sacramentos, para alegría de los padres que eran creyentes. Quiso hacer coincidir la reconciliación con sus padres y con Dios. Murió como había previsto en aquella tarde de cine.

Sacramentos y vida

Los *sacramentos*, para que puedan desarrollar toda su potencialidad han de encuadrarse dentro de una secuencia que no podemos omitir. Sin negar, por supuesto, la eficacia que tienen por sí mismos, debemos ser cautos a la hora de distribuirlos, para que den los frutos de gracia prometidos, cumpliendo asimismo su función antropológica.

El sacramento de la reconciliación alcanza su virtualidad máxima después de un tiempo de conversación —puede llegar a ser de varios días, todo depende de las necesidades de cada cual—, en los que la persona ha tomado plena conciencia de necesitar la paz interior y exterior. Y que esa paz se la puede dar el Dios de Jesucristo como un don gratuito e inmerecido, por muy grandes que sean sus pecados. Lo cual, no sólo la deja en condiciones de vivir el don de la paz, sino que le ayuda poderosamente para reconciliarse con ella misma, aceptando su vida pasada y construyendo su futuro desde la quietud interior. El perdón de Dios se convierte así en la fuerza necesaria para que la gente se perdone a sí misma: Si Dios me perdona, yo también me puedo perdonar. Y mientras no se demuestre lo contrario, la pacificación interior —medicina que no se vende en ningún sitio—, es de vital importancia para luchar contra la enfermedad del sida y contra la muerte, o en su defecto para enfrentarse dignamente a ella. En la medida de lo posible debe dar pistas a la persona para identificarse después con uno de los personajes pecadores reconciliados por el mismo Cristo, que le sirva de estímulo para el futuro. Mari Carmen, que también había sido prostituta y drogadicta, me dijo: «¿podré ser otra María Magdalena hasta que muera?» Sobran los comentarios.

Acerca de la Eucaristía haré una única consideración, advirtiéndolo de antemano que en este sacramento y en el de la Unción de Enfermos hemos tenido bastantes deficiencias en su administración. Agradeciamente la Iglesia muestra uno de sus mejores rostros en la acción hacia los necesitados. Incluso da de comer a muchos pobres. Pero no es lo mismo darles de comer, que comer con ellos. Y aquí me pare-